

EL TIPOGRAFO

Organo de la Sociedad Tipográfica Montevideana

Montevideo, Febrero 1.º de 1890

PERIÓDICO QUINCENAL

Año VII—Número 153

Administración: Florida 209

SUSCRICIÓN

Por un mes. \$ 0.20
Número suelto. » 0.10
En el extranjero, por un mes. . . » 0.30

EL TIPOGRAFO

Declaración

Sin quitar ni poner, pues los comentarios suelen desvirtuar lo que se manifiesta muchas veces con claridad y precisión, publicamos la declaración siguiente que hemos recibido:

Sociedad Tipográfica Montevideana.

Montevideo, Enero 19 de 1890.

Este Directorio, ante insistencias demasiado pronunciadas, declara: que el único periódico que representa á la Sociedad Tipográfica Montevideana, y por consiguiente al gremio en su mayoría, es EL TIPOGRAFO.

• ANDRÉS OTERMIN, Presidente.—JOSÉ ESTEVA, Vice-Presidente.—CLEMENTE BERMÉJO, Tesorero.—SALOMÓN OLIVERA, Pro-Tesorero.—ROGELIO BERMÚDEZ, Secretario.—FELIPE DELEÓN, Pro-Secretario.

Qué se pretende?

Todos los tipógrafos estamos convencidos que la asociación, de cualquier clase que sea y en diversas formas que se haga, es una necesidad en la vida de las clases trabajadoras, dado los tiempos adelantados que hemos alcanzado; y no es sólo la convicción de la necesidad lo que los tipógrafos poseemos, sino también comprendemos la urgencia de experimentar los frutos de ese medio de defensa contra las clases negociadoras, que la civilización actual pone á disposición del proletariado.

Al efecto, las facilidades que su oficio proporciona á los cajistas para enterarse del movimiento social de todos los pueblos, por medio del diario ó del libro, son las que determinan á asociarse á los obreros tipógrafos antes de alguna otra clase trabajadora, en la mayor parte de las localidades y aun de regiones enteras.

En Montevideo no se ha faltado á esa propensión, y con múltiples fases, la unión tipográfica vino practicándose de 20 años acá. Ciertamente de los diversos empujes aplicados á la idea de asociación, en unos se avanzaba, en otros se retrocedía, pero nunca la idea ha muerto, porque no puede morir, porque, como hemos dicho, es una necesidad de estos tiempos.

El empuje dado últimamente está patente; produjo un entusiasmo y número de socios no esperado, porque en cantidad y en calidad la mayoría del gremio mira con placer los trabajos de la Tipográfica Montevideana; y al hablar así, hablamos sin exageración, pues si mirásemos la cosa con cristal de aumento, diríamos que todos estaban con nosotros y por nosotros, aún cuando sería farsa mentirosa lo dicho. Mas el hecho mismo de que expongamos las cosas sin exagerar, es lo que nos va á permitir que digamos á todos ciertas verdades, por amargas que parezcan.

Si bien no se niega que la Tipográfica debe demostrar con sus actos que la propaganda activa emprendida ha sido para algo bueno y no para engatusar y entretener con promesas falaces á los incautos, tampoco puede negarse lo incorrecto del proceder de muchos compañeros que se creen que con pagar la cuota mensual, ya quedan todos sus deberes satisfechos; y no es así, como pensamos demostrarlo, por más que los Estatutos lo dicen claro.

En asuntos delicados y de responsabilidad como los que la Tipográfica tiene entre manos, deber es de todos los socios acudir á las asambleas para que cada uno con su presencia y su voto, ya que no con su voz, pueda autorizar reformas que crea aceptables y comprometerse á defenderlas cuando haya oportunidad. Esta es la obligación de todos y cada uno; porque el mantenerse unos compañeros á la capa de otros y desear y pedir que se nivelen horas de trabajo y se consigan mejores sueldos, sin poner nada de su parte para obtenerlo, es un proceder incorrecto, que no sirve actualmente, pues bastante escarmentados deben estar los tipógrafos montevideanos, para consentir que en el gremio nadie se coma la sopa boba, como en mala ocasión dijo un estimado compañero.

Y ahora llegó el momento de decir verdades, pero verdades de á puño, sin floreos de ninguna especie, que son las que mejor se entienden, aunque sepan algo mal.

El proyecto de reglamentación de horario fué sancionado en general por un número de cuarenta socios, y ese mismo número acordó no entrar en la discusión particular hasta otra reunión compuesta de mucha mayor cantidad de tipógrafos.

Cuarenta asistentes en asamblea de una Sociedad de más de cien socios pero que no llega á doscientos, no son pocos, atendiendo á la relación numérica, si presente tenemos que sociedades que cuentan por miles los miembros, como la Fraternidad que tiene más de cuatro mil, cuando llaman á reunión, los asistentes pocas veces llegan á cien y con muchos menos se resuelve en asuntos bastante graves.

Pero las sociedades de socorros son de índole diversa á la nuestra, y en ellas los directores que se nombran gozan de una autoridad casi absoluta, pues la autonomía de los socios

es tan enmarañada, que cualquiera queja que un directorio no quisiera atender, por justa que fuera, difícilmente encontraría satisfacción de la sociedad. De ahí que no asombre, por corto que sea el número de asistentes en estas reuniones.

Mas en la Tipográfica y en todas las de su especie, la cosa varía mucho. Podrán ser los directorios más ó menos laboriosos, más ó menos previsores, pero de por sí solos nada harán si todos los del gremio no les ayudan. No pretendemos que los apocados ó los indiferentes rematados cambien de hábito, porque sería pedir un imposible; pero éstos son los menos, que si bien indiferentes somos casi todos, los indiferentes rematados son de otra categoría.

Lo que pedimos, y á ello tenemos derecho, es que aquellos que comprenden y no les disgusta la asociación, deseando mejoras, asistan á las reuniones y se adhieran á los trabajos de cualquier modo, y no es pedir más que lo justo, porque para comer hay que trabajar, y si actualmente todavía se admiten los apóstoles, los redentores con ínfulas de cristos y mártires ya no cuelan ni en ellos se cree.

No esperen, pues, los compañeros que sentaditos vayan á recibir el maná, que si el proyecto de horario uniforme ha sido aprobado en general, todavía falta lo esencial, que es la discusión particular y en ella puede ser alterado de tal modo dicho proyecto, que todas las reformas queden convertidas en cero; y no se tome esto como un contrasentido, pues se han visto legislaturas que en discusiones particulares han desvirtuado hasta dejar sin objeto proyectos aprobados en general, y aunque los tipógrafos no somos legislaturas, hacemos de monos de imitación.

Entonces no tomarán á mal los compañeros si clarito les decimos que no hagamos de mendigos sino de honrados trabajadores, y que acudiendo todos á las asambleas y trabajando mucho, será como conseguiremos algo.

Así es como se hacen y se dicen las cosas.

UN OBRERO.

Lo resuelto

Aunque con calma, algo ha resuelto la Sociedad Tipográfica en su última Asamblea, y ese algo es de mucho y notable provecho para el porvenir de los tipógrafos montevideanos.

Si en solo llenar la barriga actualmente nos fijamos, justo riámonos de las reglamentaciones de aprendices; pero si algo meditamos, si el raciocinio opera más en nosotros que la materia bruta, entonces observaremos que desde hace poco tiempo, en vez de tipógrafos competentes y cumplidores de su deber, aparecen por las imprentas pidiendo trabajo autómatas ó máquinas-cajistas, pero máquinas gastadas y enmohecidas ya en flor.

Todos sabemos que los tipógrafos de la nueva

generación, salvo honrosas excepciones, á los tres años de oficio se creen haber aprendido lo suficiente, y solo procuran cazar puestos en una casa que les dé sueldos iguales á los de los cajistas competentes, sean ó no equitativos y alcancen ó no para las necesidades de la vida. Tal es tipo de los cajistas fabricados hoy día; y precisamente cuando el obrero que practica oficios lo más manuales y rudos, después de aprender bien su profesión, frecuenta centros instructivos y se dedica al estudio, es también cuando los tipógrafos fían su aprendizaje á la rutina y poco se cuidan de la inteligencia, y uno y otro año trascurren sin que nada adelanten, haciéndose insensibles al ambiente que les rodea.

De ahí partimos para defender la reglamentación de los aprendices, en cualquier forma que ella se hiciera. No desconocemos que decir á un individuo: detente un año, un mes ó un día en aprender tal arte, es algo duro, es hasta atacar un derecho (hablando en absoluto), pero en todas las sociedades, aún las más civilizadas, suele apelarse al recurso de suspender la importación de cualquier mercancía cuando el mercado está abarrotado (las emigraciones de todas épocas y en todas las naciones son buen ejemplo); y aunque en este caso la comparación es triste, porque se trata de mercancía humana, aún hiriéndonos á nosotros mismos, estamos en el deber de declararlo, pues desgraciadamente en esta civilización que se tiene por tan humanitaria, á los obreros se nos sujeta á la ley económica de la oferta y la demanda, cual si fuéramos ganado de todo pelo.

Pero no es solo el gremio tipográfico quien gana con la reglamentación de aprendices. Con aspirantes á cajistas como los que pide el proyecto aprobado por la Tipográfica y que es más que probable acepten los encargados y patrones, los propietarios no verán su dinero empleado en tipos perjudicado por manos torpes á más de inconscientes.

Los pretendientes á cajistas con calzones cortos todavía, como se ven muchos, pierden el tiempo lastimosamente; porque después de gastar su salud, lo único provechoso que harán será romper las letras de plomo como rompen las de los libros cuando son llevados á la escuela usando faldas recién.

Y apostamos que ningún patrón ó encargado sacará provecho de esos muchachos, salvo alguno de esos verdugillos que metiéndose la conciencia en el bolsillo, tienen la satánica constancia de no apartar la vista de los inocentes aprendices.

Por lo tanto, consideramos bueno lo resuelto por la última Asamblea de nuestra Sociedad, y si aconsejamos á los encargados adopten esa reglamentación para la admisión de aprendices en las imprentas, no lo hacemos influenciados por espíritu tacaño y egoísta, sino que confesamos estemos tal vez equivocados en nuestros juicios, pero son propósitos sanos y honrados los que nos inspiran en esta cuestión.

Aunque en proyecto ya se han publicado esas bases, creemos bueno reproducirlas, una vez que están aprobadas.

Helas aquí:

«Los encargados de las imprentas de Mon-

tevideo, se deciden á cumplir las siguientes bases:

1.^a A no admitir desde el 1.^o de Enero de 1890, nuevos aprendices en los talleres á su cargo, salvo caso de fuerza mayor.

2.^a—Dentro de los primeros ocho días siguientes á la aprobación de estas bases, pasarán al Directorio de la Sociedad Tipográfica Montevideana, una nómina detallada de los aprendices que á la sazón se hallaren en sus respectivos talleres, con especificación del tiempo que llevan ya de aprendizaje y el grado de adelanto en que se encuentran.

3.^a—Es conceptuado caso de fuerza mayor: cuando el regente de un taller haya agotado todos los medios que pueda poner en bien de sus consocios, y se vea en la duda necesidad de tener que admitir un nuevo aprendiz para contemporar con el dueño del establecimiento; pero en este caso dará cuenta inmediatamente al Directorio de la Sociedad Tipográfica Montevideana, quien juzgará con el más recto criterio las razones que aduzca el regente para justificar su conducta por la falta al compromiso contraído.

4.^a—Cuando quedase cesante un aprendiz, por falta de trabajo en el establecimiento donde ejerce el arte de la imprenta, ó porque le conviniese mudar de casa, deberá el regente del mismo extenderle un certificado especificando en él el motivo ó motivos que haya tenido el aprendiz para abandonar el establecimiento, lo mismo que el sueldo que gozaba. También especificará el tiempo á aquellos aprendices que hayan empezado á ejercer el arte en esa imprenta. Sin ese requisito, que probará su conducta y disposiciones para el arte á que se dedica, no será admitido en ninguno de los talleres regentados por los asociados.

5.^a—Transcurrido un año de sancionadas estas bases, la Asamblea General de la Sociedad Tipográfica Montevideana autorizará al Directorio de la misma para la admisión de nuevos aprendices en un número limitado; debiendo el Directorio, entonces, exigir á los aspirantes el examen de gramática, geografía y las cuatro reglas fundamentales, ante una comisión nombrada al efecto.

6.^a—Durante el primer año de aprendizaje no tendrán opción á honorarios los aprendices, pues los conocimientos generales que adquieran sobre las distintas operaciones que abraza el ramo de imprenta, resarcen con creces los beneficios que puedan haber prestado al establecimiento, durante ese lapso de tiempo.

Ejemplo provechoso

Don Tomás Taboada, regente de la imprenta de *El Interior* de Córdoba (República Argentina, el 24 de Diciembre último pronunció un bello é instructivo discurso en la sociedad Unión de Artesanos de aquella ciudad.

Vamos á transcribir algunos párrafos del tal discurso, y lo hacemos así, porque él encierra dos lecciones para nuestros compañeros: la una son los conocimientos que un tipógrafo puede y debe adquirir; y la otra es el espejo en que deben mirarse aquellos que en llegando á encargados, ya se creen superiores á sus iguales y

aún se atreven á afirmar que tal vez no precisen llamarse obreros (nos referimos á todo sin individualizarnos con ninguno).

Lean los compañeros estos párrafos, que son de mano maestra, y con la ventaja de ser pronunciados por un tipógrafo y regente:

Cuatro siglos há, la tierra en que vivimos y todo el vastísimo continente americano quedaba casi desierto, inculto, ignorado, apenas sospechado por el llamado viejo mundo ajeno á la civilización cristiana, sin historia y sin porvenir.

Un suelo feraz y susceptible de alimentar millones y millones de hombres quedaba estéril, y las riquezas acumuladas en su seno dormían sepultadas en un sueño casi contemporáneo de la misma Creación.

Hoy día, señores, el suelo, entonces hollado por la sola planta del salvaje, cruje bajo el arado del labrador civilizado, los gigantes de la selva caen bajo el hacha del robusto leñador, las minas brindan sus tesoros á la actividad humana, inmensas ciudades han surgido y siguen multiplicándose, el ferro-carril cruza las planicies y salva las sierras, todos los progresos, toda la vida de allende los mares resplandece con mayor brillo entre nosotros, y ya los descubrimientos científicos de nuestros hermanos del Norte y las manifestaciones de nuestra propia vida intelectual producen el asombro, la admiración y el aplauso, cuando no la envidia, de las antiguas cunas en que fueron mecidos nuestros padres.

La transformación material y moral de América, su marcha rápida desde el pie hasta la cumbre de la civilización alcanzada en otros países solo después de incomputables siglos, es un fenómeno sin ejemplo ni rival en la historia del mundo.

Y si procuramos investigar, señores, cuales fueron los primeros y principales factores de ese progreso de que la América toda puede enorgullecerse desde Behring hasta Magallanes, allá donde predomina la positivista sangre sajona como en estas regiones conquistadas por los ardientes hijos de las razas latinas, encontraremos que todo lo debemos al trabajo valiente, á la labor perseverante.

Así como lo recuerda el lema de nuestra asociación, somos aquí casi todos, señores, artesanos. Sí, artesanos, humildes y modestos artesanos, es decir, hombres consagrados á los trabajos mecánicos, á las ocupaciones en que el esfuerzo físico supera al esfuerzo intelectual.

No nos avergoncemos nunca, compañeros, de nuestra humilde colocación social. El hombre de sano criterio, el ciudadano juicioso sabe perfectamente que, por más diversos que sean los papeles, todos servimos al engrandecimiento de la patria y al progreso lento pero seguro, cuyo desarrollo incesante mejora la condición de todos y prepara una era cuyas realidades han de eclipsar las deslumbrantes ficciones de la Edad de Oro.

No es prohibido á nadie, señores, buscar un empleo más ventajoso y más fecundo en sus aptitudes y de sus recursos naturales ó adquiridos, pero creemos sinceramente que no hay necesidad más grande que aquella del hombre que se creía humillado por haber nacido pobre y verse reducido á una situación inferior y á un trabajo que no halaga su vanidad.

Los artesanos, señores, no somos menos útiles á la sociedad que los hombres de las clases dirigentes. La sociedad es un cuerpo perfectamente organizado: privarla de uno de sus miembros es condenarla á la destrucción y á la muerte. La cabeza no puede mantenerse sin el concurso de los miembros.

Hay de los miembros si les faltase algún día la cabeza! La envidia entre los diversos grupos sociales y la vergüenza del hombre que la casualidad ha destinado á un rol modesto no pueden justificarse ni excusarse. Si estuviésemos bien penetrados de la utilidad de nuestros brazos, de la preponderancia legítima que nos dan, en la obra del progreso social, las humildes atribuciones que nos incumben, lejos de avergonzarnos nos vanagloriaríamos, más bien—y con razón. El humilde trigo no envidia á la ufana rosa ni al soberbio roble; el modesto buey que arrastra el arado no envidia al rey de los animales, el orgulloso león.

Para darnos cuenta, señores, de lo que somos, de lo que podemos, de los servicios que hacemos á la sociedad, basta preguntarnos lo que sería de ella si viniera á faltarle nuestro concurso. ¿No desaparecería de repente, entónces, toda civilización, toda seguridad, todo bienestar, toda vida?

Si la tierra, primitivamente estéril se cubre de risueña mies, si las flores que encantan y las frutas que alimentan hermean los jardines, si el agua corre fecundante en los campos preparados á recibir su benéfico atributo, si el oro y los metales preciosos salen de sus yacimientos para fomentar la riqueza, si el fierro se presta á todas las voluntades del hombre, si la piedra se transforma en edificios, si el vegetal se hace vestimento, si el vapor se somete á las exigencias de la industria, si la electricidad multiplica sus portentos, si todo, en fin, sirve al placer ó las necesidades del hombre, ¿quién negará que se lo deba al artesano, al trabajo humilde y á veces ingrato pero siempre útil, indispensable y dignificante á que hemos consagrado nuestra vida y en que agotaremos sin regatear nuestras fuerzas?

Si hay un ciudadano que deba avergonzarse, señores, no es el trabajador cuyo sudor honrado fecunda todo surco hollado por su planta; no es el artesano de cuyas manos salen los prodigios de la industria moderna, ni el oficial ni el peon cuyos brazos vigorosos dan forma y vida á los conceptos del ingeniero y del pensador; pero, si esos seres desgraciados que pasan inútiles en la vida sin otro ideal que la satisfacción brutal de sus más groseros apetitos y cuya vanidosa necesidad se creía humillada por el roce con los valientes que perpetúan las tradiciones heroicas de los fundadores de nuestra sociedad.

Abrete piedra!

(COLABORACIÓN)

Cuéntase que estando paciando una cabra en compañía de sus pequeñuelos, fué sorprendida por un águila que arrebató sus hijos y revolvió por el espacio, no adivinando la pobre madre las consecuencias de tal rapto. Mas en una mala maniobra, al ave de rapiña des-

prendiéronsele de sus garras algunos de los cabritos; y la cabra al ver á sus hijos en el aire próximos al aplastamiento contra una roca cercana, gritó á ésta como único remedio en tal situación: «Abrete piedra.»

Faltos de estuche para encontrar una frase que diera su merecido á los tipógrafos por su actitud en las actuales circunstancias, ocurriéndonos que el papel de la cabra del cuento se podía aplicar á la Tipográfica Montevideana: sus hijos los representan los proyectos que da á luz, y los incubados no los calificamos de hijos, porque los descalabros prematuros piden que no se menten.

El ave de rapiña fórmula el capital, y conste que no decimos el patrón, el gerente, el encargado, el administrador ó el mal compañero, sino el capital á secas, por cuanto en nuestros principios (advértase que decimos los *nuestros* y no los de la Tipográfica Montevideana) es deber primordial dejar de lado las personas y referirse á los hechos ó á las ideas. Al hombre de todas las latitudes, llévale su instinto á hacerse ó creerse superior á sus semejantes en cualquier esfera de la vida; y de ahí que al combatir explotaciones del hombre por el hombre, no es á la persona que tales actos comete á quien mayormente debe atacarse, porque hablando de personas, quien más, quien menos, todos nos lavamos las manos: el capital es la primordial y especialísima causa de esas explotaciones. Pero tales teorías no sientan bien en estas columnas, y esperamos dejar de escribir en el EL TIPOGRAFO, que lo haremos muy pronto, para predicar dichas teorías en algún periódico de nuestro credo, aún á riesgo de ser clasificados de venáticos ó imbéciles por aquellos que condenan escuelas sin estudiarlas ni discutir las (hacemos excepción del señor Z). Mientras tanto, sigamos con el silogismo resultante del cuento citado: quedamos en que el ave de rapiña la forma el capital.

Ahora la peña dura, la piedra que tiene que abrirse es el gremio, ese conjunto de tipógrafos tan mal avenidos, tan tirados para atrás en esto de su mejoramiento.

La Tipográfica trabaja, pretende arrancar concesiones al capital, fáciles de adquirir si todos ponemos empeño; pero es preciso que contribuyamos con nuestro grano de arena á esta obra redentora, lo mismo el que se crea poca cosa como el que mucho se figure ser.

Esa parsimoniosa expectativa de muchos tipógrafos contrasta con las poco risueñas esperanzas que se vislumbran en nuestro futuro; y á seguir así; si se continúa con esa perniciosa práctica de entusiasmarse un día para olvidarse al siguiente; si se forma alharaca, si se mete ruido, y luego viene la paz, pero una paz parecida á la de Varsovia, por cuanto permanecemos oprimidos por la desorganización, las pretensiones y los vicios reinantes; si, en suma, no reaccionamos é intentamos todos hacer algo práctico, entonces sí que á nosotros nos cuadrará bien el cuento de la cabra.

Porque la Tipográfica Montevideana, una vez conseguido sustraer sus proyectos á las garras del capital, esos mismos proyectos, ó sea sus hijos, verálos ir derechos á estrellarse contra la dureza tan dura del gremio para su mismo bien; y de ahí no sería extraño que cualquier día nuestra Sociedad apenada se en-

carase con ese mismo gremio y le reprochase con aquello de: «Abrete piedra.»

Y la *piedra* es probable siguiere ruda y sin otra voluntad que la de dejarse aprovechar por todos.

UN OBRERO.

CRONICA

Los prometidos—Los socios nuevos que en la Tipográfica Montevideana ingresaron en el último mes, y que habíamos prometido publicar sus nombres, son los siguientes señores:

Pedro Symour, José Teleche, Martín Golgo, Higinio Bisbal, Isidro Murro, Francisco Portell, J. Ruy Pérez, Domingo Dornaleche, Evaristo González, Juan Vila, Rodolfo Robaina, Venancio Orens, Hipólito Lepiane, Enrique L. López, Pedro Giachino, Juan Grao.

Ahi está el compañerismo—El señor don Alberto Reilly promovió en algunas imprentas una suscripción para socorrer á dos cajistas víctimas de enfermedades y del fugo.

Y nosotros nos complacemos en ver que algún compañero se encarga de misiones tan nobles; porque debe tenerse presente que el óbolo que da el gremio á un tipógrafo desgraciado, no es la limosna que humilla, no es el resultado de la caridad enmascarada con móviles preconcebidos, no; es la necesidad de la ayuda del compañero para con el compañero, es la obligación de sacrificio del hermano para con el hermano, y es, en suma, un bochornoso desprecio que hacemos á las riquezas de los usureros, que por medio de la fraternidad sabemos aliviar las penas de los que sufren en nuestras colectividades.

Ya sabe el señor Reilly que estas columnas le pertenecen de hecho y de derecho, por si quiere hacer propaganda y publicar los datos correspondientes á esa suscripción que en buen hora acordó levantar.

Tipógrafos belicosos—De los humos que gastan los cajistas rusos, nos dan cuenta los periódicos europeos en los siguientes términos:

«Según un despacho particular de San Petersburgo, los nihilistas confinados en Freloutsk habían establecido, con el concurso de sus guardianes cosacos de Siberia, una imprenta secreta.

Las autoridades fueron á sorprender la imprenta, y nihilistas y cosacos opusieron resistencia á mano armada.

Las autoridades entonces hicieron uso de la fuerza, resultando de la sangrienta lucha treinta de los insurrectos muertos y muchos heridos gravemente.»

Sigue la permanente—Del último número de EL TIPOGRAFO acá, muchos señores socios ya han dado las señas de la imprenta donde trabajan ó de su domicilio; pero todavía quedan algunos por cumplir ese requisito, y de ahí que continúe la permanente excitando den sus señas los señores que deseen verdaderamente ser socios.

Era del arte—Nicasio Maristayt, que en Paysandú se suicidó, pegándose un balazo era cajista.

Lo lamentamos, como compañeros.

En la mala—El famoso inventor de los tercios, cuartos, quintos y sextos de cajistas, anda en la mala con la venta de las acciones de su Sociedad Cooperativa tipográfica que lleva por título el nombre del diario gallico que redactó dicho señor.

En balde hace prolongadas escursiones al interior y les espeta á sus compatriotas entusiastas discursos con el santo fin de hacerlos accionistas, pero éstos se hacen los *suecos*.

Por un lado sentimos este fracaso, por el hombre únicamente (y con esto se le probará que no somos rencorosos, á pesar de haber sido tratados por él de *cantonales*), pero por la conservación de la salud de muchas infelices criaturas que torturarían en ese taller como sucedía en la época pasada, hacemos los más fervientes votos por que la empresa quede en nada.

No más la quinta parte—De los datos más abajo publicados, resulta que cuando los trabajadores se organizan bien, si se les obliga á promover huelgas pierden de éstas solamente la casi quinta parte. De 500 huelgas habidas durante un año en Inglaterra, 116 fueron las únicas fracasadas y esto es mucho en favor de las clases obreras.

Pero para que los lectores juzguen á su gusto, copiamos íntegros los siguientes párrafos de un periódico:

«El *Board of Trades* publica una curiosa estadística de las huelgas ocurridas en Inglaterra durante el año 1888.

Hubo en dicho año 500 huelgas, de las cuales tuvieron lugar 392 en Inglaterra, 22 en el país de Gales, 94 en Escocia y una en Irlanda.

Tuvieron éxito completo 241, 94 alcanzaron un éxito parcial, 116 fracasaron y 50 tuvieron un fin desconocido.

Terminaron por conciliación 332 huelgas, 15 por arbitraje, 85 por abandono de las reclamaciones, 23 por la vuelta pacífica al trabajo y cuatro por diversas transacciones.

De las huelgas bien dirigidas en número de 328, comprendían 109,951 operarios, habiendo perdido 2,089,069 días de trabajo, cuyo valor alcanza á más de 1,827,935 pesos. El perjuicio ocasionado á los patrones se calcula en unos 250,000 pesos.

En el total de las huelgas, en 320 de ellas reclamaban los huelguistas un aumento de salario; en 54, la conservación de los mismos; en dos, la interpretación de una transacción; en 66, la mejora de los talleres y del material; en dos, la expulsión de algunos compañeros; en 23, el *statu quo* en las condiciones del trabajo; en seis, la readmisión de obreros despedidos, y en 15, la despedida de maestros ó contra-maestros.

Conociendo la organización del trabajo y las costumbres de los obreros en Inglaterra, pueden deducirse curiosas consecuencias de la notable estadística del *Board of Trades*.

Las tarifas—Por lo que pueda importarnos para el porvenir, publicamos la clasificación de precios en el trabajo por millar, que los tipógrafos de Zurich (Suiza) han propuesto últimamente á los patrones.

Esto se entiende que es aparte de la reglamentación de horario y sueldos en el trabajo á jornal.

Advertimos que no se haga caso de lo poco

ó mucho que se paga por el millar, pues sabido es que si el precio de la vida es en Europa muy diferente y más barato que en América, la retribución del trabajo tiene que variar de igual modo.

La clasificación que copiamos, es para que se sepa como allá distinguen la clase de cuerpos.

Precio del millar—Caracter alemán: cuerpo 9 y 10, fr. 0.50; cuerpo 8, fr. 0.52; cuerpo 7, 11, 12 y 14, fr. 0.55; cuerpo 6, fr. 0.60; cuerpo 5, fr. 0.75.—Caracteres romanos: cuerpos 9 y 10, fr. 0.53; cuerpo 8, fr. 0.55; cuerpo 7, 11, 12 y 14, fr. 0.60; cuerpo 6, fr. 0.65; cuerpo 5, fr. 0.80.

Por la composición de los idiomas extranjeros, se paga un extraordinario de 10 por ciento.

¿Qué les parece la clasificación, señores linieros?

En iguales condiciones....—No deseáramos que nunca se cometieran injusticias ni se incurriese en odiosas complacencias por parte de los encargados para preferir unos individuos á otros para darles trabajo en cualquier imprenta; pero si pedimos y debemos pedir, que entre dos cajistas en iguales condiciones para el trabajo y de moralidad, el encargado debía preferir al que es socio.

Esto no es una irregularidad, sino al contrario, el cumplimiento de nuestros Estatutos, y cumpliéndolos en esa parte, los encargados obrarían en conciencia y harían gran propaganda práctica en bien de la Tipografía Montevideana.

Hablamos así, porque sabemos que existen algunos cajistas sin trabajo, y es á los socios á quienes deben preferir los encargados en igualdad de condiciones, se entiende, pues tomar uno malo por otro bueno, eso sería injusto y perjudicial para todos.

Entusiasmo inusitado—En Berna, donde los tipógrafos siguen la corriente de las demás poblaciones de la Suiza alemana, la huelga que se promovió, por resistencia de los patrones á la tarifa, ha encontrado una acogida y promovió tal entusiasmo, que suponiendo que los patrones trajeran cajistas extranjeros para reemplazar á los huelguistas, temíase saliese á relucir el recurso del fusil.

Se conoce que los tipógrafos berneses entienden algo de unión y fraternidad.

¡Y dale con las Cooperativas!—Una imprenta cooperativa, ó sea en comandita mejor dicho, ateniéndonos á su verdadero objeto, pretende fundarse en Montevideo.

De ello da cuenta *El Día* en estos términos: «Tenemos conocimiento que el señor don Pedro Cazenave iniciará la formación de una Sociedad Cooperativa Tipográfica por acciones, habiéndose suscrito ya algunas de la primera serie. El capital será de cincuenta mil pesos.

«Se propone el señor Cazenave montar un establecimiento sin rival en Montevideo, debiendo estar provisto de todos los elementos en maquinarias, etc., para hacer todo género de impresiones con tanta perfección como puede hacerse en Europa.

«La idea nos parece excelente y estimulamos al capitán Cazenave á proseguir en sus propósitos.»

Fenomenal—En una correspondencia á un diario centro-americano, leímos que el premio de 500,000 francos ó sean cien mil pesos, de una lotería que en París se celebró

durante la Exposición última, le tocó á un cajista belga con numerosa familia que sostener.

Fenómenos de esta clase, nos enseñan á no perder las esperanzas en el porvenir, que si los sueldos no aumentan y las horas de trabajo disminuyen poco, un trancazo como el recibido por dicho cajista belga puede desmentir el dicho de que la veleidosa fortuna anda reñida con los tipógrafos.

Sin embargo, pedimos á los compañeros no se entusiasmen, y para comer bien más en los números de los cajetines que en los de las loterías.

Cómo se escribe desde afuera—Hablando de los trabajos tipográficos presentados en la Exposición Universal, se expresa así *L'Imprimerie* de París:

«*Uruguay*—La imprenta está representada por los señores *Hepelgren, Maggiolo, Maria, Mortet, Preti, Rius, Roustan, y Wanner*, LIBREROS é IMPRESORES. Lo que han expuesto son cartas geográficas, memorias históricas, estadísticas del país, libros de botánica, obras astronómicas y trabajos acerca de la industria. La ejecución de estos diferentes trabajos dan un pequeño puesto á la litografía. Algunos de esos trabajos revelan competencia tipográfica.»

Nos felicitamos—Á más de *La Presidencia*, que empleó un buen número de tipógrafos que se hallaban sin trabajo á consecuencia de la escasez que ya empieza á notarse entre nosotros, se anuncia la aparición de dos nuevos diarios de la mañana.

Que vengan y vivan muchos años, es lo que nos conviene.

Se ha visto por aca?—Carlos M. Monfourmy, tipógrafo parisién, expuso en el Campo de Marte, durante la última Exposición, una cartulina para tarjetas, que vista transparentemente presentaba la torre Eiffel.

El ciento de esas tarjetas se venden á fr. 2.25 en París y á fr. 2.50 en el resto de Francia.

Las horas de trabajo—En la Asamblea del 26 de Enero, nuestra Sociedad aprobó en todo el proyecto de reglamentación de aprendices; y el de nivelación de horario en las imprentas, solo fué aprobado en general, porque los señores presentes en dicha Asamblea (como unos cuarenta) no quisieron entrar en la discusión particular, desde que existen cajistas y aún encargados que no están del todo conformes con el proyecto de la Comisión de Bases, y que sin embargo no se presentaron á exponer sus objeciones.

Estas dilaciones perjudican á todo el gremio, y por ello esperamos que en la Asamblea á que el Directorio convoque próximamente, estarán presentes los señores socios en su generalidad.

Piénsese que cuarenta tipógrafos en una Asamblea, no eran la tercera parte de los que la Tipografía cuenta en sus filas.

Protección mutua—Sabido es la diferencia del territorio suizo en Suiza Alemana y Suiza Romana, debido á la diferencia de idioma y procedencia.

Pues bien: los suizos alemanes están promoviendo diversas huelgas con motivo del establecimiento de las tarifas, é indúceles más á luchar en esta contienda los ánimos que les infunden y la protección que les prestan los suizos romanos.

Eso se llama ser tipógrafos dignos!

Proteger los unos á los otros.